

Mamua

"El Patito Feo"

20 Ctus.

N.^o
8



HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO
SOCIIDAD IMPRENTA Y EDITORIAL

mamita

Revista Semanal de Cuentos Infantiles

DIRECCION: Bellavista 069, Casilla 84-D SANTIAGO

AÑO I. N.º 8. Santiago de Chile, 7 de agosto de 1931

PRECIO: 20 Cts. Ejemplar. — Suscripción anual \$ 9.—

Otros Dos y Espléndidos PREMIOS PARA NUESTRO CONCURSO

Además del aparato receptor de radio completo de la afamada marca TELEFUNKEN, mod. 33 L., que ya anunciamos, de valor de \$ 550.— contamos ya con otros

DOS VALIOSOS PREMIOS:

UN MECCANO, de valor de \$ 85.— y

UNA LINDA MUÑECA, de valor de \$ 35.—

Ambos obsequios donados por la JUGUETERIA PRINCIPAL, de José Lamas D., y ubicada en la calle Ahumada N.º 19, de esta ciudad.

BASES DEL CONCURSO:

- 1.º—El concurso se efectuará por canje de cupones. Estos cupones serán numerados, y será necesaria la presentación de series completas para su canje por números para el sorteo.
- 2.º—Se obsequiarán diez números a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en los concursos semanales, 7 al 2.º y 5 al 3.º. Se obsequiarán 3 números a los que obtengan menciones honrosas.
- 3.º—Por cada suscripción anual, ordenada a partir del 1.º de agosto, se obsequiarán 20 números. Por las suscripciones semestrales, 5.

El



Patito Feo



QUE hermoso estaba el campo! Reinaba el verano y las rubias sementeras contrastaban con la verde alfalfa y con las chacras de un verde más obscuro. En el parque de las casas de una hacienda, un pequeño lago miraba al cielo con su único ojo azul. Le servían de pestañas los cañaverales espesos donde las aves acuáticas tenían su habitación.

En uno de esos cañaverales anidó una pata. Empollando los huevos se impacientaba por ver a los polluelos salir del cascarón, cansada de la soledad en que la dejaban sus comadres, las cuales, egoístas por demás, pasaban el día zambulléndose

y chapuzando en el agua sin acordarse de hacerle una visita.

Por fin, abrióse un huevo, se rompió el cascarón, sonó un ¡pip! ¡pip! y se asomó una cabecita de pato. Al día siguiente, un segundo pato hizo lo mismo; luego un tercero, y es de advertir que aquellos animalitos desde un principio progresaron tanto, que luego supieron decir: ¡rap! ¡rap!

Su primera frase fué: —«¡Qué grande es el mundo!» Y no es extraño, pues respiraban más libremente que en el estrecho recinto de su cascarón.

—¿Creen ustedes—dijo la madre—que lo que ven es todo el universo? Oh, no. El mundo se extiende hasta el otro lado del jardín, hasta las casas y la capilla cuyo campanario he divisado una vez, sin pasar de allí.

—¡Vamos a ver!—añadió, levantándose

del nido—. ¿Han salido todos? ¡Oh! todavía no: veo que el huevo más grande permanece intacto. ¿Ha de durar mucho este fastidio? Francamente, ya empiezo a estar cansada.

Y de mala gana volvió a acurrucarse, cubriendo el huevo.

—¿Qué tal va?—le preguntó una pata vieja que fué a visitarla.

—Estoy pasando la pena negra—repuso—con uno de los huevos que no quiere abrirse. Mire, en cambio, los polluelos; ¿ha visto usted nunca patitos más lindos? ¡Cómo se parecen a su padre!

—Vamos a ver ese huevo que no quiere romper—dijo la vieja.

Y añadió, después de examinarlo:

—Es un huevo de pava. También a mí me engañaron una vez. Pasé primero horribles trabajos para empollarlo y luego otros mayores para llevar al agua a los re-

cién nacidos. Y nunca pude lograr que entraran. Es de pava, seguramente y yo, en su lugar, lo dejaría ahí y me dedicaría a enseñar a nadar a los hijitos.

—¡Bah!—contestó la madre—. Ya llevo lo más; lo cubriré unos dos o tres días aún y veremos qué resulta.

—¡Tiempo perdido!—le dijo la vieja y se marchó.

Por último se abrió el huevo, y al grito de ¡pip! ¡pip!, salió un ave muy grande, muy fea y muy mal conformada.

—¡Dios mío! ¡Qué horrible monstruo!—exclamó la madre—. Este sí que no se parece a los demás. ¿Será realmente un pavo? ¡Pronto lo sabré! Iremos al agua y si no entra en ella por la razón, ¡entrará por la fuerza!

A la mañana siguiente, el día estaba precioso. La madre salió por primera vez con toda su familia y llegó hasta el borde

de las aguas. ¡Plan! Ya está en el agua. ¡Rap, rap! dijo, y los polluelos, uno tras otro, la siguieron, se zambulleron y nadaron de acuerdo con todas las reglas, incluso el último, o sea el patazo plomo que había nacido del huevo más grande de la pollada.

—“¿Han salido todos? ¡Oh!, todavía no; veo que el huevo más grande permanece intacto.”



—Ese no es pavo—pensó la madre—. Con qué destreza se sirve de las patas y qué derecho nada. ¡Es hijo mío! Después de todo, no es tan feo como parece a primera vista. ¡Rap! ¡Rap! Niños, acérquense a este lado del lago. Los voy a presentar a la familia. No se separen de mí y tengan cuidado con el gato. Es preciso que desde chiquititos aprendan a conducirse según las sabias reglas de la buena educación. Doblen el cuello y saluden al anciano pato que anda por allí. Es de raza española. Miren la cinta colorada que lleva en la pata. Es un signo de alta distinción que le han puesto para que la cocinera no lo confunda con los demás y le tuerza el pescuezo por equivocación. Ahora, aprendan a decir: ¡rap! ¡rap! en coro y a compás; no lleven los pies hacia adentro, que eso es de mal gusto; échenlos hacia afuera, como yo.

Los polluelos obedecían fielmente los mandatos maternos; pero por mucho que se esmeraban por distinguirse por su actitud y porte, los demás los miraban de reojo y refunfuñaban diciendo en alta voz:

—¡Vaya! ¡Más patos todavía!... ¡Como si no fuésemos ya bastantes para lo poco que nos dan de comer!

En esto, iba acercándose el pato español de la cinta roja y no pudo menos de encomiar el porte y los modales de la pollada. Pero añadió fijándose en el pato feo:

—Lástima que entre los demás que son tan lindos, esté esa especie de monstruo, cuyas plumas grises dan la impresión de que nunca se lavara!

—En verdad—dijo la madre—no se distingue por su figura, el pobre, pero es muy bueno; tiene un carácter afable y na-

da mucho mejor que los otros. Con el tiempo se pulirá, porque supongo que su deformación depende de haber permanecido en el huevo demasiado tiempo.

—Si usted se conforma, señora, muy bien—repuso el pato—. Además, es varón y, como tal, no tiene mayor necesidad de ser hermoso.

Visitó la nueva familia a todos los habitantes del lago y fué muy bien acogida, excepto el patito feo que se vió perseguido, maltratado y mordido sin cesar. Las pollas se reían de él y lo encontraban ridículo. Había en el corral un pavo que solía pasearse ahuecándose como si fuera dueño de todo el universo y al ver al pobre patito, se hinchó como la vela de un buque impelida por el viento y se arrojó furioso contra el pobre animal. El pato, acosado de cerca, se arrojó a la laguna, con lo que el pavo tuvo que quedarse en

la orilla y empezó a echar terribles *glu, glu*, rojo de ira.

El pato no gozaba de un instante de reposo; no sólo lo zarandeaban continuamente durante el día, sino que hasta de noche el recuerdo de tantas picardías no le dejaba cerrar los ojos. Sus penas fueron en aumento porque hasta sus hermanos se burlaban de él y le reñían:

—¡Ojalá que te pille el gato, horrible criatura que nos avergüenzas!—le decían.

“Un pavo solía pasear ahuecándose como si fuera dueño de todo el universo. Al ver al pobre patito se hinchó como la vela de un buque y se arrojó furioso contra el pobre animal.”



Y la misma madre, que en un principio lo defendió, acabó por decir:

—Eres insoportable. ¡Deshonras a mi raza!

Por fin no pudo soportar más y tomó vuelo por encima de los cañaverales. Pasó jardines y campos. Los pajarillos que le divisaban, huían espantados al oír el extraño rumor de sus alas, todavía torpes e inexpertas.

—Se espantan porque soy feo—decía el infeliz, cerrando los ojos para no ver el desastroso efecto que su aparición producía por doquiera. Y volando y alejándose cada vez más de los lugares de su nacimiento, llegó al gran pantano en que habitaban los patos silvestres. Hizo alto en aquel sitio, pasando la noche entre los totorales. ¡Cuán triste y cansado estaba!

Al amanecer del día siguiente, acudieron los patos silvestres de todas partes,

contemplando con curiosidad al recién llegado.

—¿De dónde vienes?—le preguntaron—.
¿De qué familia eres?

Y el pato hacía saludos a todo el mundo con ese aire desgarrado de un ser que se avergüenza de su pobre figura.

—Puedes envanecerte de ser horriblemente feo—añadieron los ánades silvestres—; pero no importa, mientras no se te ocurra la idea de casarte con alguna de nuestras hijas.

¡Cómo había de pensar en casarse el pobrecito, que no quería más que un poco de tolerancia, para buscarse el sustento en el lodo y dormir tranquilo entre las cañas!

Así permaneció algunos días, hasta que de repente se le presentaron dos ansarones silvestres, procedentes de lejanas tierras y que andaban recorriendo mundo, pues

eran jóvenes y la juventud es animosa y no cede nunca ante los peligros.

—¡Hola! compañero—le dijeron—. Tienes una figura tan grotesca y divertida que de buen grado te admitiríamos en nuestra compañía y serías, como nosotros, ave de paso. Decídete. En el pantano más próximo hay algunos gansos silvestres muy agradables; entre ellos, unas señoritas que, como no han visto mundo, no se preocupan mucho en materia de hermosura; vente con nosotros; ¡a lo mejor encuentras novia!

De repente se oyó ¡paf! ¡paf! y los dos ansarones cayeron muertos en el agua. ¡Paf! ¡paf! ¡paf!, se oyó nuevamente, y grandes bandadas de aves acuáticas se elevaron desde los cañaverales, huyendo en todas direcciones. Era una gran cacería; resonaba el estrépito de los disparos, y mientras los cazadores llegaban a la orilla

de la laguna y algunos se encaramaban a las ramas de los sauces que se inclinaban sobre el agua, el humo azulado de la pólvora se cernía en el espacio y los perros corrían de todos lados y ¡flas! ¡flas! ¡flas! se arrojaban al agua, tronchando y doblando juncos y cañas, acercándose al escondite del desventurado pato. ¡Qué terribles angustias pasó en aquellos breves momentos! Pues al ir a encoger la cabeza y ocultarla bajo el ala para perder de vista aquel cuadro de horrores, vió a su lado un enorme perro, con los ojos centelleantes, el hocico abierto, la lengua afuera y las quijadas armadas de formidables colmillos. Examinó al pato, lo olfateó, rechinó los dientes y ¡flas! ¡flas!, volvió la espalda, yéndose sin tocarlo en busca de una presa menos indigna.

—¡Bendito sea Dios!—dijo el pato, recobrando la serenidad—. Me ha encontra-



“¡Paf! ¡paf!, se oyó nuevamente, y grandes bandadas de aves acuáticas se elevaron desde los cañaverales...”

Addeuash

do demasiado feo y le he producido repugnancia. Es la primera vez que la fealdad me sirve de algo.

Y se enmarañó en lo más espeso de los juncales. El pobre pato permaneció allí muchas horas sin moverse, hasta después que dejó de escuchar el menor ruido, resolvió huir de sitios tan peligrosos, y a toda prisa salió volando, a pesar de que se había desencadenado una tormenta y que el viento y la lluvia no le permitían avanzar tan rápidamente como hubiese deseado.

Al anochecer llegó a una pequeña choza campestre, tan vieja y arruinada, que no sabiendo por qué lado tumbarse, se mantenía en pie. El viento soplaba con tal fuerza alrededor del fugitivo, que para no caer derribado le fué preciso resguardarse al abrigo de la cabaña. Notó que a la puerta le faltaban los goznes, y viendo una

abertura, se coló dentro de la habitación.

Vivía en aquella choza una vieja con su gato y una gallina. El gato sabía arquear el lomo y hacer *ron, ron*, como también se daba trazas en enfurruñarse y echar chispas siempre que en la obscuridad le acariciaban a contra pelo. En cuanto a la gallina, tenía muy cortas las piernas; pero ponía huevos excelentes y la buena mujer la quería como a una hija.

Hasta el amanecer no advirtieron la presencia del intruso, y el gato empezó a maullar y la gallina a cacarear.

—¿Qué hay?—preguntó la anciana, mirando a su alrededor. Y al percibir al fugitivo acurrucado en un rincón, lo tomó por hembra y exclamó:—¿Qué suerte! Voy a tener huevos de pato y los haré empollar.

Con esta idea, prodigó las más finas atenciones al recién llegado. Pero después

de tres semanas, cuando notó la mujer que los huevos no venían, volvieron a empezar las tribulaciones.

La gallina se sentía señora de la casa y al hablar decía siempre *nosotros* y *los otros*, entendiendo por *nosotros* a ella, la anciana y el gato, y por *los otros* al resto del universo que, en su concepto, estaba muy por debajo de los tres. El pato se permitió un día manifestar una opinión contraria, y, encolerizada, la gallina le preguntó:

—¿Sabes poner huevos?

—No.

—Entonces, punto en boca, que al fin y al cabo no eres nadie en este mundo.

Y el gato le preguntó a su vez:

—¿Sabes arquear el lomo, hacer *ron, ron* y echar chispas?

—No.

—Entonces, ¿con qué derecho quieres

tener opinión propia? Conténtate con aceptar lo que dicen las gentes razonables y no chistes.

Y el pobre pato no tuvo más remedio que callarse, acurrucándose tristemente en un rincón. Volvía a ser desgraciado.

Una mañana, el aire fresco

“Vió a su lado a un enorme perro con ojos centelleantes...”



y la luz del sol penetraron en la habitación y sintiendo irresistibles deseos de nadar, lo consultó con la gallina.

—Efecto de la ociosidad—repuso ésta con desdén—, naturalmente, como no haces nada, te asaltan ideas estrafalarias. Pon huevos o haz *ron, ron*, y se te pasarán.

—¡Es tan agradable, sin embargo, tirarse al agua, sumergir en ella la cabeza y zambullirse hasta el fondo!

—Estás tonto de remate.

—Veo que usted no me comprende.

—¿Que no te comprendo? Pues, qué, ¿te has figurado ser más sabio que el gato y nuestra ama, que jamás sienten deseos de meterse en el agua? En el mundo no cabe hacer más que dos cosas de provecho: poner huevos y hacer *ron, ron*. Procura aprender cualquiera de las dos.

—Creo que lo mejor será que me vaya

a dar una vuelta por el mundo, para desasnarme.

—En efecto, aunque si conmigo no aprendes, dudo que lo puedas hacer solo.

Y el patito se fué, llegando a un pantano solitario por donde se lanzó a nadar a su antojo, yendo y volviendo, zambulléndose y remojándose para olvidar con estos ejercicios las impertinencias de la gallina.

Vino el otoño; las hojas de los árboles se pusieron amarillas y el viento se las llevó, formando con ellas remolinos en el aire. Acercóse el invierno: espesas nubes tapaban el sol y la lluvia principió a caer a torrentes sobre la tierra. Con un tiempo tan malo, el pobre pato sufría muchas privaciones.

Una tarde, tuvo, sin embargo, un momento de felicidad. Había hecho un día magnífico; el sol tocaba a su ocaso en-

vuelto entre soberbios arreboles de un color rojo incandescente. De súbito cruzó el aire una bandada de aves grandes y soberbias: eran de una blancura deslumbradora, tenían el cuello largo y flexible y lo doblaban graciosamente. Eran cisnes. Exhalaban un grito especial, desplegaron sus anchas alas y siguieron su vuelo hacia países más cálidos. Iban remontando el espacio, subiendo siempre, y el patito feo experimentaba al verlos una sensación desconocida. Se revolvió en el agua, extendió el cuello a los viajeros y arrojó un grito tan singular, tan penetrante, que se dió miedo a sí mismo.

¡Cómo se le dilataba el corazón de amor por esas aves a las que quería sin conocerlas, ni saber siquiera a dónde se dirigían! Cuando las perdió de vista, poseído de una extraña agitación, se sumergió hasta el fondo del agua y si bien re-

apareció de nuevo en la superficie, notó que nunca había estado tan conmovido.

El invierno fué terriblemente lluvioso y frío. Más de una vez el pobre pato creyó morir, pero al fin reapareció el sol, los aromos se cuajaron de flores amarillas

“Llegó a una pequeña choza campestre, tan vieja y arruinada...”



como copitos de luz y los durazneros se cubrieron de capullos rosados.

El pato había crecido mucho y pelechado de casi todo su ropaje plumiciento. Sus alas eran robustas, y, sin darse cuenta, un día se elevó en los aires, alcanzando a una altura que nunca había imaginado. Después de hender el espacio a su sabor, bajó a tierra y se encontró en medio de un hermoso parque, lleno de almendros y de rosas floridas. Por entre arbustos, serpenteaba un clarísimo arroyuelo que iba a desembocar en un grandioso estanque rodeado de césped. ¡Qué bello era aquel sitio con sus alamedas frescas y los macizos de arbustos, y los grandes árboles! De pronto, el pato vió tres hermosos cisnes meciéndose en el lago. ¡Qué soberbias aves! ¡Y con qué rapidez surcaban el agua, en tanto que la brisa hinchaba sus

alas desplegadas, como las velas de un buque!

Al verles, el pato se sintió dominado por dulce melancolía y se dijo:

—Suceda lo que suceda, quiero ir con ellos, con esas aves regias; quiero admirarlas de cerca; sé que me matarán y razón les sobra; feo como soy, no tengo derecho a acercarme. Pero me es igual; prefiero morir a sus golpes que verme maltratado por mis hermanos, los patos, menospreciado por las gallinas y rechazado por todo el mundo.

Y echando pecho al agua, púsose a nadar corriendo al encuentro de los cisnes, y éstos, por su parte, en cuanto le vieron, se precipitaron hacia él, batiendo las alas.

—Ya sé que me van a matar—dijo el pobre animalito inclinando la cabeza hacia la superficie del agua.

Pero, ¿qué vió en el espejo que forma-

ba el agua transparente? Su propia imagen, que ya no era como antes, la de un ave mal conformada, de un color pardo sucio, fea y repugnante, sino la de un precioso cisne. ¿Qué importa haber sido empollado por una pata, habiendo salido de un huevo de cisne? Al fin y al cabo lo que se es, lo que se lleva dentro, prevalece siempre y un día u otro se revela.

Lejos de dolerse por sus antiguas penas y desventuras, el joven cisne sentía por el contrario que ellas contribuían a hacerle más sabrosa la felicidad de ahora, sobre todo al verse rodeado de los cisnes que con cariñoso interés lo saludaban blandamente con sus alas.

Algunos niños se acercaron al estanque a echar pan y verduras a los cisnes, y el más pequeño gritó:

—¡Hay otro nuevo!

—¡Sí, sí! Es verdad—exclamaron los

demás, saltando y dando palmadas de contento.

Después corrieron a llevar la noticia a sus padres y volvieron al estanque trayendo pasteles y otras golosinas para obsequiar al recién llegado.

—¡Qué lindo es! ¡Qué gallardo! ¡Qué gracioso! ¡Es el más bonito!—repetían.

El cisne sentíase confuso y avergonzado, y en vez de pavonearse lleno de soberbia como tantos que se elevan desde la nada, ocultó la cabeza bajo el ala, pensando en las crueles persecuciones que había tenido que sufrir antes de oírse llamar la más hermosa de aquellas magníficas aves. ¡Y pensar que iba a reinar con ellas en aquel encantador estanque rodeado de flores y de árboles! Irguió su cuello gracioso y flexible, levantó las alas, por entre las cuales zumbó la brisa, y se deslizó con elegante abandono por la superficie de las

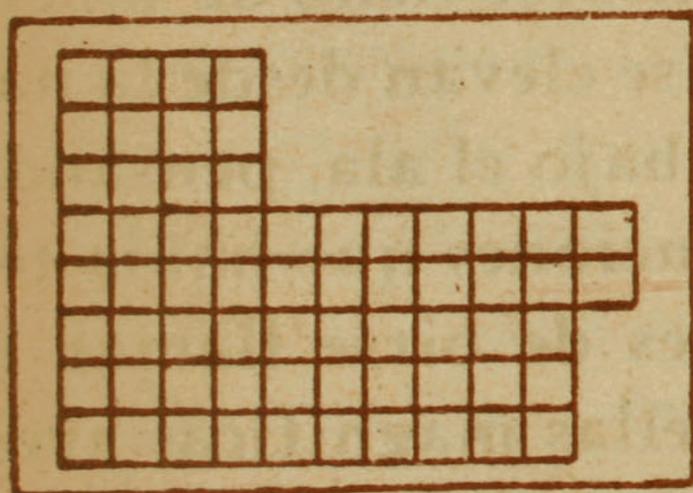
aguas, exclamando interiormente, lleno de alegría:

—¡Cómo podía imaginar tanta felicidad, ni aun en sueños, en aquellos tiempos en que no era más que el pobre patito feo!

H. C. ANDERSEN.

PROBLEMA N.º 7

EL CUADRADO PERFECTO



Este dibujo contiene 64 casillas. ¿Puede usted cortarlo en dos pedazos que, unidos, formen un cuadro perfecto?

Solución al Problema N.º 6

Aparecido en el número 7 de «MAMITA».

LOS "UNOS".—Se retiró el número 8 y los restantes fueron multiplicados por 9. Como se ve, el resultado es una serie de nueve números 1.

$$\begin{array}{r}
 12345679 \\
 \times 9 \\
 \hline
 111111111
 \end{array}$$

Concurso de Dibujos de

mamita
M.B.

Obsequiamos 10 cupones para el Sorteo de Navidad a cada niño que se haga acreedor a un primer premio en nuestros concursos semanales, 7 al que obtenga un segundo premio, 5 al que merezca un tercer premio y 3 a los que obtengan menciones honrosas.

Envíe su dibujo iluminado a: "MAMITA", Casilla 84 D, Bellavista 069, Santiago.

C U P O N

mamita
M.B.

CONCURSO DE PASCUA N.º 1

Una serie de 5 cupones dará derecho a un número.

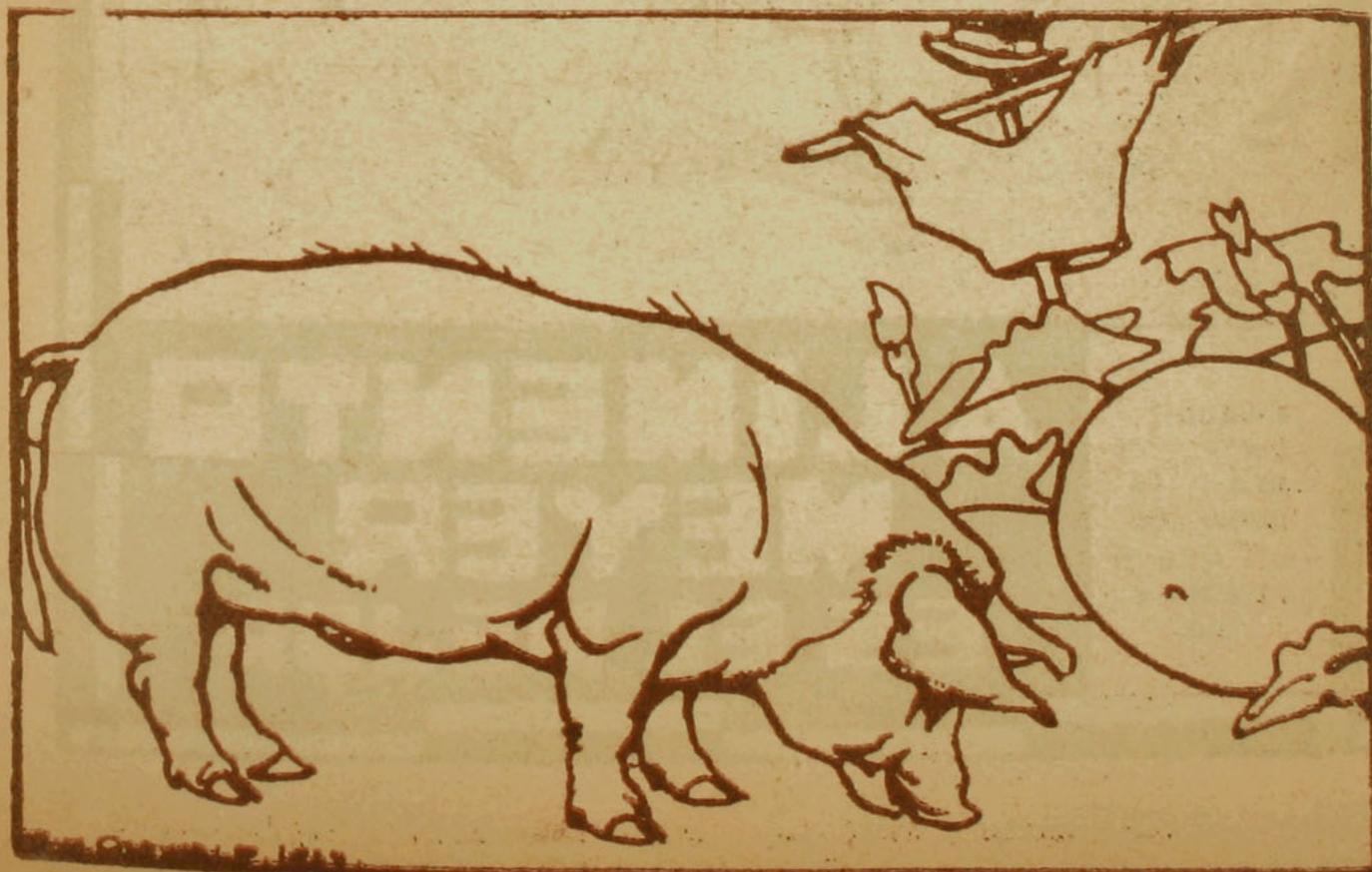
EL CANJE DE CUPONES

comenzará el 1.º de septiembre próximo. ¡Empiece a juntarlos desde ahora!

C ó r t e s e p o r l a s l í n e a s d e p u n t o s

Nombre del dibujante

Dirección





Caupolli-
cán, el
más fa-
moso ca-
cique
arauca-
no.

ALIMENTO MEYER ES EL MEJOR

M. R. A base: Harina calcinada, cacao seleccionado desgrasado, fos-
fatos, azúcar, etc.